

Sólo la música

Guadalupe Galván



Sólo la música

Guadalupe Galván



Colección



Sólo la música
Guadalupe Galván

Primera edición en México.
Julio 2012.

Colección Limón Partido.
Proyecto Literal.
Edición: Jocelyn Pantoja.
Literatura y alternativas
en servicios editoriales, S. C.
Tulipán 122 Ciudad Jardín.
Coyoacán, 04370.
México D. F.
gacetaliteral@yahoo.com

Diseño de Arte de la Colección:
Hernán García Crespo.

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diagramación: María José Farías.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-9088-15-6

Impreso en México.

La canción como fogata

Uno de los efectos más sutiles en la poesía es transmitir estados de ánimo, cuando se logra esa empatía entre sujetos. A través de la lectura, se habitan los sentidos y sensaciones de *la otra voz* bajo un rostro común: el texto. La poesía de Guadalupe Galván, particularmente en su libro *Sólo la música*, más que conmover al lector, ocasiona una unión en torno al duelo. El lector interviene en el proceso tanatológico de una forma activa. No se busca sólo el testimonio y la compasión, sino involucrase como un “doliente” más en el cuadro domésticos que la autora presenta. No en balde, el tono elegíaco ha sido cultivado desde los albores de la literatura. En nuestra tradición, desde las coplas de Manrique, con aquellos versos de “Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar/ que es el morir” hasta *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, donde nace un cauce insaciable por la falta de resignación. La muerte del padre, del ser querido, es un tema explorado ampliamente por los poetas, pero la situación se intensifica en el caso de Guadalupe, quien mira como “Todo se empalma/ la muerte y la vida”: padre, madre, frutos.

La voz lírica se detiene en cada detalle minúsculo, en la rutina cortada, en el desgaste de los muebles: objetos cotidianos que nunca volverán a ser los mismos. Hay un sobrecogimiento que no termina aunque la madeja se desgaste. Guadalupe Galván comprueba como ya nada le pertenece, como se caen las cosmovisiones del hogar. Sin

embargo, nada se empequeñece, ningún ápice desaparece. La tristeza se ensancha al igual que las calles; los trenes están fuera de horario y tiempo. Cada pensamiento padece de orfandad. A pesar de esto, ella sabe que la energía se está transformando, que en algo debe parar el periplo. Aunque el sufrimiento es superlativo, mantiene algunos soportes para no caer, de allí que la “canción es una fogata en medio de la tundra”. Esta melodía, personalísima y terapéutica, es la que impide su caída. La poesía vista como música o la música vista como poesía. Las notas recorren un cuerpo, salen a inundar la ciudad con sus compases ineludibles. Al final, en su corazón de piedra, “hay un coro tarareando en voz baja su canción”. La experiencia dice que las cosas se empalman, se apilan, se machucan, mas sobrevive su historia en el silencio postrero.

Manuel de J. Jiménez

I

Bosques negros.

Tiempo de mirar las formas que tienen las cenizas.

Incendios necesarios.

Tengo puertas y ventanas abiertas
para recibir esta estación.

II

Las migajas alumbran la mesa
los mapas imaginarios
las cucharas usadas.
Vengo de la casa donde mi madre
escribió mi nombre en las paredes
de donde mi padre se sacó los pulmones
y los enterró en las macetas para que tuviéramos aire.
Vengo envuelta en cenizas
con la cara dibujada por un viento que apaga
el calor de la tarde.

Cubro el sol con un acento.
Escribo la puerta.
Deletreo con lentitud las bisagras.
Recolecto vocablos y escribo las voluntades del día
barnizo los tedios de las horas
hundidos en las miradas de los vecinos.
De niña cultivé jardines imaginarios.
Hablé sola detrás de las puertas.
Pregunté el destino de mis zapatos estrenados.

Hay una lumbre con olor a casa de la infancia
que quema todos los días las vísceras.
Hasta en las tardes heladas es difícil mirar esa fogata
está demasiado adentro para contemplarla.
Quedé distinta cuando entregué la llave.
Entré a un pozo necesario.
Ajusté la soledad
hasta quedarme vulnerable.

Recuerdo los olores y los habito.
Recuerdo los roperos y los habito.
Recuerdo los vestidos enlutados y los habito.
Vivo en la memoria de las escaleras,
en la memoria del rincón del cuarto donde no hubo nunca
una lámpara.
Vivo en el patio vigilado por un pirul ajeno.
Vivo en el viento que mueve las cortinas de los cuartos sin
muebles.
Recuerdo el cerro desde la azotea
que el sueño convirtió en una virgen
con manto protector y larguísimo
como camino de lava hirviente.

Despierto y me encuentro aquí
entre las grietas de la mesa verde.
Me encuentro aquí sin saber que me buscaba.

Hay un cincel que es la suma de los sucesos cercanos
que esculpe los días.
Ese cincel de sombra le da forma a las maneras.
Reconozco en las manos la palabra tierra,
construyo una nueva casa con ladrillos traídos de todos los
tiempos.
Ventanas naciendo como flores imperceptibles en una maceta
que nadie riega.
Sólo quiero perderme en estos pasillos inéditos.

¿En qué habitación dejé guardada la noche?
¿Qué interiores me siguen guardando?

La casa tiene el nombre de un hombre tatuado en la entrada.

Siguen ofreciendo cajas laqueadas,
cajas sonoras,
cajas vacías que transporto como si contuvieran música,
como si contuvieran las últimas gotas de un vino secreto.

Entro a los huecos del tambor
a las cavidades del contrabajo
a la pequeña grieta de la guitarra.
Desde ahí resueno
pero necesito de sus manos para decir con claridad estas
palabras.

Mi madre lanza flechas al vuelo
así puedo llegar a salvo a mi destino.
Son difíciles de atrapar.
Mi madre, amazona que cabalga incansable el lote baldío,
el bosque encantado, la montaña empinada.
Pienso en los sueños antiguos que siempre tuvo,
los tenía guardados en el cajón
para que nadie los oyera.
No hay venda que cure esa carencia.

Ahora
las redes se extienden.
Los puentes ya no cuentan sus peldaños.

Ahora
el hombre me regaló una llave.
Con ella he abierto constantes fuegos, noches,
ballenas que me contenían
él graba todos los días mi nombre en ella
yo habito fundida todos los días los signos en él.

III

La voz de mi madre alumbra un párrafo del mundo, pavimenta el dolor, aquieta el implacable transcurso de la tormenta. Su presencia cimbra los jardines y los utensilios. La voz es una herramienta; con ella ara, transforma la tierra, construye las semillas. Lleva un arco en el brazo izquierdo. Todos los días inventa las flechas y todos los días las batalla. Ella no sabe que alumbra, cimbra, transforma. Sólo teje las horas, los rojos estambres, las palabras con adornos de silencio y forma una gruesa manta con la que se cubre del frío y de las noches a solas.

IV

Sigo construyendo las astillas
sembrando el árbol
del que arrancaré las costras
cubrirán la mesa
la silla coja
en la que mi padre
con los pulmones rebanados
cocina sus restos
y nos llena los platos con cenizas.

V

Este es un tiempo de sequías
Es un tiempo de mirar el recuerdo lejano del agua
Es un tiempo de plantar semillas en el desierto
de despellejarse y dejar que la piel cuente la historia.
¿Cómo abrir la grieta y ofrecerla?
Hay costras en cada centímetro de la piel y del techo de la casa.
Hay recuerdos de océanos que nadie vio.
Hay maletas podridas en los roperos.

Esta noche mancha de tizne las dudas.
El carbón de mi nombre se desvanece.
Soy sequedad y polvo.
Viento furioso sobre una ciudad abandonada.
Mis enredaderas necesitan riego.
Canto con sílabas secas y robo la saliva de los labios del hombre.
Ahora ya no necesito respuestas ni barcos.
Sé que no me salvará el húmedo jardín de la infancia.
Sé que mis velas están confusas y trémulas.
Sé que sólo contemplo mi movimiento en la tormenta de polvo.
La muerte transformó mi voz y la lanzó al terreno baldío.
Levanto de la tierra un cactus que florece en las orillas.
Levanto una cruz de cal debajo de la cama.
Levanto mi mentón lastimado.

Busco la música debajo de las piedras
y salen alacranes sonoros y escarabajos luminosos.

El tiempo se pasea lento cuando anda cerca del desierto.
Escribo en el libro de los desconciertos y los atardeceres.
Dibujo árboles sobre las hojas blancas.

Invento un árbol solitario sobre la orilla de la carretera.
Mojo las espinas con tinta y escribo lento el nombre de los
temores.
Me dejo ir.
Dejo que me lleve el tornado.
Me dejo llover.
Me dejo ir.
Soy esa mujer silenciosa mirando los desastres,
los íntimos incendios.
Vivo de la sequía y del sobresalto.
Despierto en la casa hueca.
Hoy sólo soy un ojo espantado en el espejo.
Durante el día me unto la camisa de mi madre
después de arrancarla del tendedero.
Aún sigue amasando con barro las figuras de lo que no conoce.
La pared que mira es una pantalla de la memoria.
Las palabras son una suma de campanas,
en ciertos momentos ensordece.

¿Cómo ofrecer mis tambaleantes dudas?
Soy agua y calma.
Sueño que sobre mí nadan infinitas bocas sedientas.
Sueño voces serenas,
peces esparcen su plata sobre un río petrificado
y se vuelve banqueta de ciudad.
En el sueño me colocan diademas,
me llevan a la ceremonia de lo inevitable.
Todavía quedan frutas secas sobre la mesa.
Siguen las raíces sosteniendo la casa.
Sigo recordando la sombra de la fronda ausente.
Coloco los tallos secos en un jarrón.

La lluvia pirómana suspende mi cuerpo
en el columpio hermoso y fatal de los días.
No creo que las lágrimas de todos los dolidos tengan tanta sal
como esta llovizna.

He sentido al miedo amenazar mi cuerpo.
Vivo del vértigo.
Los caballos siguen atravesando el callejón.
Estoy a la intemperie.
Soy interminable.
Vivo en una sequía dudosa.
Vivo en una batalla.
Las matas siguen creciendo afuera de mi puerta.

A veces la polvareda vence
junto montones de arena
y con ellos construyo mi casa.

VI

Recogí flores negras por el aniversario. Caminé el jardín y el cementerio. Los invitados llegaban con alegría a celebrar. Escribí unas palabras en el aire o sólo las pensé mientras recordaba a mi padre. La música empezó a sonar desde las paredes, las ventanas, desde las voces. En las manos llevé las marcas que los días dejaron, las arrugas, los miedos. La casa se llenó de perfume y de noche. El vino habitó la mesa. Yo me hacía transparente en una silla. En los tendederos oscilaron los vestidos y las palabras. En los brazos se desenvolvió con lentitud el baile.

VII

Los grillos ensordecen el insomnio.
Suenan pequeñas campanas con filos.
Se abre una grieta.
 Se enciende una voz en medio de la noche.
Una voz de pana y almíbar.
Desde aquí escucho cómo se mueven las semillas en la tierra
húmeda.
 escucho cómo sueñan mi nombre en una
habitación lejana.

El desvelo extiende el mantel y bebe solo.
Extiendo los pétalos secos y pierdo los de color magenta
 entre mis páginas predilectas.
Alguien los encontrará después
tal vez en una noche como ésta.

Afuera un aguacero destiñe las avenidas.
Converso con las sombras que las velas hacen en la pared.
Escucho palabras nuevas en mí
ha de ser esta pulsación de sonámbula.

Pasmada miro la mutación de la planta.
Todo tiene un vidrio de aumento.

En algún lugar alguien prepara el pan.
Alguien confunde sus manos con otras
deletrea la palabra silencio.

La noche es ceniza inabarcable,
 lenta llamarada.

Hoy la lluvia y el fuego se contemplan de la misma manera.
Una camisa y un vestido están revueltos en la silla.
La memoria camina lenta.
Trae manuscritos y cardos con flores
polvo y entierro.

Pienso en las olas frías de aquel mar lontano
en el viento que azotó mi desconcierto y mi viaje.

Hay un río recurrente en mis insomnios.
Hay lámparas y frutas resplandecientes en el cuarto.
Hay camas de arroz y granada donde reposan las horas.

Enciendo la canela
y todos los seres invisibles se acercan alrededor del humo y del
aroma.

La noche se conjuga en un tiempo difuso.
Estoy aquí en una habitación
pero también estoy en el jardín, en el bosque negro
donde entierro el cadáver de un reloj testarudo.

¿A dónde he de correr?
Las ramas golpean los vidrios.
El viento sopla cerca del oído.
Yo sólo visto una diadema oscura.

Veo a un hombre entrar por la ventana
lo veo flotar en la habitación
es altísimo como escultura de alabastro.
Formo las tazas y le doy a beber de mi almíbar.
Él nada dice.
Es un sueño
un cuento.

Le ofrezco un libro
y entre las hojas encontramos aquella mariposa aún moribunda.

El insomnio hace crujir los muebles.
Se mueven los trastes, brillan las telarañas.

La luna desfigura los objetos y los abrazos.
Esta noche hay dos nombres que llueven interminablemente.

VIII

El cuerpo se va desalojando de sus ramas.
Muda la plata y la espesura.
Salgo a exponerme a la intemperie ahora que hay lluvia.
La noche iluminará las cicatrices.
La noche enciende los campanarios
frente a un hombre que camina solo en la plaza vacía.

Sigo subiendo al árbol
sus brazos permanecen abiertos
se va deshojando
el viento marca sus huellas
la noche usa su navaja afilada
y corta las iniciales que no puedo
pronunciar.
Las calles se llenan de nombres, de máscaras.
Cambio mi antifaz por el tuyo que pasea sereno por tus gestos.

Soy el encierro.
Hay un diluvio en la ciudad.
Todos corren hacia el arca.
Oigo sirenas afuera de la ventana.
Murmuran algo urgente.
Hablan de mí.
Sigo despintando mis años de estas paredes.
Descifro figuras en el rincón de la pared.
Mi nombre se quedará empañado en cristales
con los que vi escenas, árboles, cosas invisibles.
En todos estos años, la enredadera frente a la ventana se secó,
floreó magenta y hoy se quedó oxidada junto a las llaves.
El afilador toca en la flauta notas largas para despedirme.

Hay diluvio adentro.
El cuerpo sólo quiere escuchar al viento
prepara la piel
descansa los músculos.
Un corazón inicia ritmo de madera.
Aire quieto sobre el cuerpo se convierte en vestido.

Puñados de sombras pastan alrededor del huerto.
Hoy los hongos parecen siniestros.
Mi padre en algún lado siembra,
hace surcos para andar y crecer entre la tierra.
Puñados de sombras pastan alrededor del cementerio.
Y saber que se puede vivir en la orfandad,
saber que hay hombres haciendo pan.
saber que es necesario vivir del silencio.

Hay una vaca, hay una sombra en los corrales.
Los gatos no dejan de mirar mi desconcierto.
Las sílabas flotan
las rompo en el aire
y el rocío refresca los objetos.
Salgo a exponerme.
Abordo el tren extinguido, el autobús
tus ojos inquietos.
Voy al campo con hambre.

Tengo la sonrisa de los que no les importa donde están
de los que no están perdidos.

Veo los cerros multiplicándose.
Reviso los amuletos en el bolso transparente.

Todo está al descubierto.
Las sílabas siguen revueltas.
Busco y escribo lo que descubro en los cristales
piedras, pedazos de tela, flores secas.
Todos son lugares de espera.

Escucho las cicatrices.
Lo que dicen ya no son secretos.
Tengo ramas calvas colgando del cuerpo.
Alguien adentro canturrea una canción vieja.
Miro cada centímetro del cielo.
Las nubes coronan las montañas.
Traigo niebla dentro,
sed para todos.
Despinto los muros.
Mudarse es una melodía
una canción en idioma ajeno.

Transporto continentes,
abrigo de otros tiempos.
En la palabra Aarón metí una casa, una hoja, un patio oscuro,
una pequeña lámpara que nunca se apaga.
Llenaremos los puentes y los arcos en lo alto de la noche.

Soy lenta hierba
palabra arrojada.
deseo de dejarme llevar por los paraguas.

No se sobrevive a lo perdido.
Lo que se va hace una marca en los muslos todos los días.
El hombre está dentro de las cicatrices,
las derrama y escucha.

Todos están ansiosos en el andén,
pero nadie quiere irse.
Salen a desteñirse con la lluvia.
Las piedras en los viajes acompañan.

Me alejo de espaldas
Miro el derrumbe.
Desaparición, distancia.
Retumban sonidos.
Caen hojas, fogatas, rosal, telas.
Escucho el tambor de los higos.
Mis penas de sal se desvanecen.
Escucho cómo se mueven los labios,
cómo rondan los lobos.

IX

Aquella noche fuimos niños otra vez
rodeando el féretro
juntando flores,
sirviendo café y oyendo rezos.
Niños enlutados en habitaciones sin muebles
sorprendidos unos con otros sin poder entender.
Se interrumpió el juego.
Inició la procesión.
Se obedeció el ritual como otro más de los deberes.
Asomados a la ventana esperábamos algo.
Mi madre recogía nuestros pedazos.
Orgullosos nos limpiamos las lágrimas
y quedaron las mejillas manchadas de polvo.

X

Hoy buscamos la rueda, la hoja, el rayo,
el escalón, la cerradura,
el rehilete, el trompo, el acordeón,
la llave que ilumine
ese oscurísimo túnel a donde se nos fue mi padre
y ya no volvió.

XI

Encontré el patio lleno de plantas sedientas.
Silencio en la casa.
Las cucharas y los tenedores desnudos
suenan distintos.
El columpio espera inmóvil.
Me quedé a desenvolverme.

XII

Las pérdidas y los encuentros se desbaratan.
Alguien amasa mi cuerpo en ellos.

XIII

Alguien soltó al viento.
Los perros ladran en el cuarto.
Se anuncia la llegada de la tormenta, pero sólo cae una lluvia
delicada.
El aire remueve las nubes sobre este patio estrenado.

Amanece y la niebla empaña las ventanas.
Hace imaginar un afuera que se descubre, se disfraza y se
congela
en un fragmento de jardín.
Alimento a los perros rojos que duermen en el patio.
El agua inventa los bordes de las cosas.
La escucho.

Soy quien trae enredada la madeja de palabras.
Quien mezcló la punta del estambre en su cabello.
Soy árbol plateado y deshojado.

En el patio hay mareas
marismas sacudiendo el vestido
hay viajes
la desnudez envuelve los deseos de movilidad.
Estoy detenida en el vuelo.
Bailo en el patio humedecido.
Hay un sol de barro abriendo la boca, tragando lluvia.

Soy barco con las velas levantadas.
Navego un mar que no conocía.
Lanzo flechas a lo que veo.

El pronóstico del tiempo lo hace el cuerpo en desaliento.
Entonces soy maceta en el patio.
No alcanzo la llave.
Alguien me regará.
No espero el sol.
Se nublaría la espera.
Hay algo que quema las hojas.

Tengo gusto por los filos,
me acerco a los bordes para equilibrarme.
Salgo a la lluvia
me diluyo
transito las coladeras.
Es necesario desbordarse.
Quitar los cerrojos soldados.
Atravesar la casa como hilera de hormigas
que hurgan y encuentran un enormísimo tesoro,
pequeño para los otros.

Es necesario desbordarse.

La tormenta se alarga y se columpia.
Todo sigue su curso.
Soy esa mujer que no sabe del destino.
Ve repentinos capullos aparecer en el patio
mientras sus rodillas sostienen una muralla.

La luz y los años dejaron cóncava la ventana.
Recuerdo autobuses sin nombre.
Me recuerdo detenida sin valija junto a la estación
mirando cómo se iban rodando sin parar los trenes.

Estoy sumergida.
Hay un arrenal, me hundo con los brazos levantados.
Recibo la lluvia que me convierte en estatua
Oigo tarareos, lumbres, lámparas.
El humo se columpia.
Salgo a desenterrar mi aliento,
levanto piedras y nombres.
Salgo a vagar y llevo cargando la casa, el patio desnudo, la
lámpara de papel.

Mi madre duerme.
La muerte se aleja pero viene de noche en las entrelíneas del
sueño.
Sigo la trayectoria de un caracol
que vivió aquí silencioso hace muchos años.
Mi madre duerme.
La ciudad duerme.
Esta noche los grillos están feroces o mis sentidos están
sobresaltados.
Trina el patio.
El viento sigue suelto.
Quiero saber qué dice.
Nada ulula.
Sopla cerca de mi oído.
Sólo murmura el insomnio.

Ahora la pileta seca es maceta donde florecen por primera vez
flores moradas.
Hundo las manos en tierra negra.
Semillas se quedan en las uñas.
Raíces traen palabras.

El caracol y su tic tac de noche entran al cuarto.
El mercurio se riega.
Las sombras llegan.

La madrugada monda mi piel.
Arranca las ramas secas.
Veo las formas de la cáscara.
¿soy ese reflejo en la ventana?

De noche abordo barquitos de papel que dejó mi padre.
Recuerdo historias de barrancas, polvo, canciones.
Hilos y sostén de sus ojos y pulmones.
Recuerdo aquel pueblo.
Frente a nosotros pasó la plaza,
se escuchó la fronda de los árboles.
Luego nos alimentó una humareda.
Todos los días subo al puente
miro su cuerpo sobre el agua
veo cómo navega sobre el río.
Todos los días abrazo su tronco para no ahogarme.

Las pérdidas van y vienen.
Oscilan en los tendedores.
La sed se queda.
Los pájaros nos levantan y sacan del sueño
desde lo alto miramos frondas, ciudad,
nuestros cuerpos dormidos.
La sed se queda.
El olor del hombre me lleva a otros continentes,
a otras calles y barcas.
La sed se queda.

Palabras están tramando la memoria.
Llegué aquí a humedecerme, a cambiar de antifaz,
a conocer otros verdes.
Dejo que la lluvia, la tormenta, los incendios
se queden.

Suenan cuerdas de agua. Suena el aire.
La música es cera formándose las manos.
Atravieso el patio desde la mañana nublada.
La fuente del olvido se ha secado.

XIV

Mi padre construyó su casa en un pueblo de polvo.
Halló semillas de futuros árboles.
El sol le suavizaba los pulmones carcomidos.
Desde niño cubetas de plata lo rodearon
llenas de tierra.
Mi madre guardó semillas en los cajones.
Él escarbó,
encontró árboles para el patio.
Del pueblo llegaron pequeños remolinos.
Una polvareda relleno los cimientos.

XV

Las plantas de la jardinera padecían asma.
Mi madre inventaba un abono,
llaves de riego que las llenara de aire.

Ellas seguían agitadas
llenándole las manos de clorofila.

De la calle llegaban bolsas de tierra
con hojas muertas y curativas.
Las plantas sacudían las ramas por asfixia
en medio del patio.

Los hijos miraban expectantes
escuchando la respiración anhelosa y difícil.

Después de la fatiga
mi madre les llevaba agua a las plantas
para que despertaran con rocío
por la mañana.

XVI

El viento está rondando afuera de la ventana
Hay un pirul moviendo su cabellera
y soltando sus semillas rojas en las banquetas
Me detengo en la ventana
como si fuera la orilla de una barranca.
El vértigo es fascinante.
Hay un caserío de colores relampagueando a lo lejos
Mi madre duerme.
El te se está petrificando en la taza
En los pasillos del hospital
alguien usa una máquina de escribir,
debe ser de esas máquinas blancas y aparatosas
con las que sólo se escriben números y nombres.
Suenan voces débiles junto a su cama.
Aquí todo es opaco: camas, conversaciones
paredes desnudas.
Alguien tose.
Otro se queja.
Alguien se sienta a la orilla a ver la ventana.
Mi madre duerme.
No hay nada más que hacer.
En los pasillos se siguen moviendo las ruedas.
Huele a aparatos electrónicos,
a pulsaciones titubeantes,
a huesos quemados.
Mi madre duerme y se vuelve de arena.
Tengo miedo
que un viento la vuelva duna
y se la lleve.

XVII

Arrojé a los deshechos los papeles dóciles de la espera.
Eran inservibles y tóxicos.
Pero esta noche de velas encendidas
quisiera volver a creer en algún santo
para volcar en una oración este insomnio.
Sólo encuentro silencio deletreado minuto a minuto.
En la ventana la luna se ondea sobre los árboles.
En un lugar de la noche mi madre duerme
acechada por cuchillos anónimos.

XVIII

Habitación de hospital limpia. Luz blanca.
Mejillas cálidas de mi madre.
Quejas, voces de cansancio cercanas.
Gotas incesantes caían en tubos,
alentaban las horas.
El techo era una pantalla para todas.
Ahí miraban historias en la pared blanca y adormecedora.
Ella había vencido navajas desconocidas
y despertado a salvo de una breve muerte.

XIX

Estás de viaje.
Desde allá me llamas.
Soy la niña que atravesaba las vías del tren contigo.
Espero en la habitación.
No llegas y se hace tarde,
tengo que volver.
Aquí se queda sola la silla,
solas tus camisas,
el patio, tus zapatos,
puerta cerrada,
azotea, pan, casa.
Sola mi madre dormida.

XX

Necesarias las sombras.

Necesarios los ruidos en la oscuridad.

Necesario detenerse a mirar
cómo se estira la madera.

Necesario tararear mil veces la misma canción.

Necesario el insomnio.

Necesario quedarse sin nadie en la habitación.

Necesario el silencio que muestra el verdadero tamaño de las
cosas.

XXI

Mi madre se quedó dormida
después no ver la cama de hospital
el frío en la sala de espera
los ojos cerrados de mi padre
el traje con que lo vistieron
las manos de cera
después de no ver la tierra haciendo ruido sobre la caja que
bajaba.

Todos buscábamos la silla
el papel, el espacio.

Ella tenía la llave para encontrarlo todo.

Construyó la calma

Se perdió en el silencio.

Halló letras para formar las palabras muerte y recuerdo.

XXII

Traigo lo hermoso y lo terrible
lo alegre y lo triste
Hay una balanza dentro.
Hay un péndulo.
Soy cuadro claroscuro.
Los párpados son pétalos
alguien desconocido escribe en ellos con letras graves y
nocturnas.

XXIII

La música del mar no me sigue.
Las únicas olas cercanas se mueven en los árboles.
La madrugada es instrumento de viento.
Yo soy instrumento de cuerda.
Este día fue grano de arena
fue árbol sin nombre y sin frutos meciéndose lento.
Me convierto en piedra, en reptil.
Soy la estatua del patio.
Hay un sosiego que deja escuchar el aleteo de una mariposa
nocturna
queriendo salir.

La madrugada tiñe el vestido.
Hay flores enlutadas en la mesa.
Crecen las ramas,
se marcan las nervaduras, se traslucen las hojas.
Este silencio es de madera.

Ya no tengo nada en qué apoyarme.
El ritmo de la arena es mi ritmo.
Los cuerpos son de arena
se tocan y se deshacen.

Una mujer canta.
Un hombre y una mujer están lejos del mar.
No tienen necesidad de brújula.
Él trae un mapa en las palmas de las manos.
No hay cabo suelto en ellas ni tiempo perdido.

Mi madre sabe del silencio.
Tiene un abecedario nuevo con el que juega y se descifra.
Las letras son pintura blanca en un lienzo blanco.
Las palabras que calla están dormidas, no tienen prisa
están mirando un mar que ella nunca verá.
La noche se sacude las escamas.
Se deja la piel plateada y desnuda.
El reloj se rompe.
Ya no es tarde ni temprano.
La noche es de pétalo y aire.
La noche tiene la cabellera mojada
acaba de saltar al río.

Ya habíamos hablado de la sequedad
de cómo no ahogarse en la tierra seca
y llega el viento y nos vuelve de desierto el cuerpo.

Llega lo inevitable.
Llegan las palabras perniciosas
que nos dejan rapados y sin costuras.
Tengo un vestido para la muerte
guardado en el ropero.
Tengo una falda larguísima con qué protegerme.

El tiempo abandonó la habitación.
Quedamos hechos estampa,
hechos sombras.
Esta casa parece un barco
parece un cristal delgadísimo.

Ella me habló de los jardines
de la espera, de catarinas

de hojas secas que se quiebran cuando escribe.
Escucho su voz y me vuelvo de papel, de hoja a punto de
quebrarse.

El tigre no es el tiempo, es la madrugada merodeando.
La madrugada termina en dos puntas que sostienen
las piernas y los árboles.
La luna clava los colmillos.

Detrás de ella, el árbol baila el vals de los mil tiempos.
No hay incendio ni temblor
sólo un pequeño remolino dentro.
La noche ausculta
hace lentas incisiones.
La noche es un pan mordido en la mesa,
las migajas regadas por el suelo, tres hormigas,
un patio iluminado.

Corre un perro negro en la hoja blanca
y deja el viento esparcido en el cuarto.

Una vez viajé y me convertí en arena
en marea.
De la cabellera húmeda goteaban cristales
donde se reflejaban trozos del futuro que nunca vi.

Navíos pueblan mares en los sueños.
Al despertar sólo veo un barquito lejano.

La ciudad no se sale de las manos
en su amplitud no alcanzo a distinguir el horizonte
edificio

semáforo
el último hombre
la última mujer.
Despierto en un vagón del metro. Entran y salen ciegos.
Mujeres deformes cantan canciones de amor.
El grafitti atrás deletrea color
y las flores pequeñísimas se mueven sobre las vías dobladas por el
viento.

No hay encierro más grande que el miedo
y la caja de los deseos perdidos.

No se acaba la sed.
Árboles, bocas de sal, calle de roja sal
la lengua se llena de sal, de sed, de sal y agua.
La nieve es recuerdo
y la noche es calle de cal mojada,
puente, manos que se vuelven de sal si las miro.
Le crece la corteza a los árboles
se vuelven fuertes y altos
y las frondas son lentas y gruesas.
Dificultad del viento.
Ritmo de los días.
Baile de los días.

Una canción atraviesa el cuerpo.
Salgo a cantarla a la calle
a los vagones
a las zapaterías
a las tiendas de fruta
a los autobuses.
Canciones cuelgan de los puentes.

(Cuerpos cuelgan de los puentes
sin que ninguna velocidad lo note.)

El bosque se acerca.
Lo veo desde la ventana.
Lo percibo cuando cierro los ojos en la ciudad
y el suelo suena como un tambor lleno de voces.

Una canción es un barco
isla
bosque que se acerca.

Dibujé el desierto
y salió arena de la hoja blanca.

Una canción es una fogata en medio de la tundra.

Aves perdidas sacuden el cielo.
El mar se aleja.
Crece un río dentro.
Se rompen los diques.

XXIV

Un rayo atravesó el cuarto.
Nada anunciaba
instante saliendo de una luciérnaga
sobre el campo
en medio de la noche.
El suelo está lleno de sonidos.

XXVI

Trazo palabras en la niebla que un eco lejano repite.
Traigo el ritmo del caracol que atraviesa el patio.
Entro al cascarón traslúcido
a las nevaduras.
Te nombro y caen frutas sobre mi blusa.
Hay furia en el transcurso del día,
en el borde,
instante en que la noche ayunta y transforma.

Sobre el río navegan ciertos pétalos.
Traigo la cabellera ahogada por las inundaciones.
Cerca, la albahaca y las flores del romero me perfuman.

Encuentro con la niebla.
Reconozco su velo, ritmo de lentitud.
Desata los cordones.
Se dirige a la casa del árbol seco.
Extrae la pulpa.
De ella sale el cuerpo colmado.

¿Para qué los cielos de estas tardes?
¿Para qué el mar que no recuerdo?
¿en qué deshacerse?
¿en qué brazos voy a desbaratar esta tarde?

Quiero preguntarlo, decirlo con las pestañas, con los dedos,
con la cintura, con la nuca que nunca ve cuando te despidas.

El viento sopló, me esparcí en las calles
y los dientes de león y otros pétalos me reconocieron.

La luz de la estación ya llegó al patio.
Se quedará. Arrancará las hojas.
Aquí vienen a caer las hojas secas de todos los árboles, de todas
las ciudades,
de todas las estaciones.

Con el interior del higo me pinto los labios
y espero en el zaguán, en la ventana, en la noche.

Intento confeccionar días desperdigados,
abandono de la sombra en el espejo
para reconocer un adentro que no conocía.

He visto cómo se posan los pájaros sobre las palabras no dichas.
He visto cabelleras de árboles moverse como los cabellos
de las mujeres que esperan en una tarde de viento.
Y las nubes en el cielo tienen forma de nubes nada más.

Esta noche es un botón de flor.
La niebla de noche se expande.
Juntamos nuestras piedras, salió silencio.
Amasamos el silencio y, entre los dos, hicimos una vasija oscura.
Caja de silencio.

Escucho
el puente de madera también es un instrumento de música.

Necesito de tus manos para hacer otro cuenco.
Soy flor diente de león en una tarde de viento.
La llama se agita, el tronco se quiebra.
El viento se metió y empezó a crecer un árbol.

Al decir árbol no hablo del sauce, del pirul o la Jacaranda.
Digo árbol como decir mujer, como le digo al hombre.

Lo perpetuo es este volcán y esta noche.
El patio está tan amplio, húmedo, iluminado como el cuerpo.
La cuerda del sueño sigue ahorcándolo.
La madrugada, una mandíbula rota.
Hoy el desvelo es un puño seco.
Un boca llena de la palabra arena.
La madrugada no es hoja, ni rama,
no es flor,
es sed y corteza.
Esta noche es de largo aliento.
Los grillos sostienen el silencio.
Extienden un hilo
columpio
vaivén en el que un tigre se mece
el tiempo pierde las manecillas en su pelambre.
Esta noche hay un nido de abejas rodeando el corazón.
Me convierto en piedra, en reptil.
Me vuelvo seca como hoja quebradiza.
Esta noche están naciendo nuevas raíces.

Las cosas rotas hacen ruido en las habitaciones.
Las paredes blancas no sirven para escribir palabras.
Son pausas. Descanso del ruido. Ojos que se pierden.

Aún queda el reloj de nube, palabras de tierra.
Quiero mecarme en la hierba.
Los nardos son olas que marean.
El viento se lleva la arena del reloj.
Se derrumban castillos, se forman remolinos,

se esparce toda en el aire.
Diciembre es el recuerdo de la ceniza y la cal en el suelo.
Las cáscaras de la casa desprenden otro día más
fragmento a fragmento.
No se sabe si van o vienen las sombras de noche en las calles.

Esta noche se acabará como todas.
Se desatan sus botones.
No termina de hacer erupción.
El volcán está adentro.
Te arrojé y me llevo tus cenizas.
Todos los días, la piedra dice tu nombre.
Entro en ella.
Escribo como si tuviera una aguja en la boca,
a la luz de una lámpara.
Soy una madeja deshaciéndose en el aire.

XXVII

En el patio se extiende la lluvia de invierno.
La noche nos abre los ojos.
Las azucenas y las nochebuenas tiritan una melodía.
Nos sentamos a beber café.
El fantasma de mi padre viene a visitarnos.
Mi madre tararea una canción mientras le sirve vino
para secarle la ropa mojada.
Mi hermano mira la ventana.
Nadie camina.
Los perros están callados.
Hay calor y sombras de fogata en el cuarto.
Alguien habla del frío y del deterioro de la pintura en la pared.
Desde la mesa se ven los cerros poblados.

XXVIII

Mesa habitada de soledades.

Sopa amarga.

Fruta rencorosa.

Las risas ya vencieron la fecha de caducidad.

Suena el refrigerador y las antenas.

Las voces están desperdigadas.

Los oídos están perdidos y colocados en cabezas ajenas.

Los niños preparan por fin una bomba letal en el cuarto trasero.

El arroz extiende su lecho para olvidar nuestro cansancio.

Hoy no fue día de intercambio de miradas.

El tren espera.

Hora de irse.

XXIX

Un día más se acaba en la casa de mi madre.
Se cumplieron las tareas cotidianas.
Hay algo que salió de los cajones de la memoria
algo con lo que estuvo dialogando durante el día
mientras llenaba los solitarios tendederos del patio.
La madera de la mesa rechina.
El reloj cumple con su sonido en el cuarto oscuro.
El color del estambre se quedó intacto.
La ausencia llena las horas.
Hay un extrañamiento en el transcurrir del tiempo.
Algo se rompe todos los días y todos los días se construye.
Cualquier pequeña tarea es un ancla
cuando la casa se vuelve intemperie.
Hay un cuaderno secreto guardado en el ropero
y hojas blancas sobre paredes desnudas.

Un día más se acaba
otro crece de las raíces de la noche
a veces larga e interrumpida.

Mi padre muerto sostiene la tierra que pisa.

De noche no queda ya ningún ruido que espante a los fantasmas.
En el silencio todo se reconoce.
La noche repite su discurso.
La madeja no se acaba,
La trama sigue,
aún le falta bailable cuando se estiren sus hilos.
Las manos de mi madre envuelven otra vez la mañana
y ciernen las horas.

XXX

La luz blanca alumbra de día y noche los pasillos del hospital.
En la sala de espera zumban las moscas de la aceptación.
Los médicos y las enfermeras comentan con agrado la reciente
visita del bar
frente a los parientes y enfermeros como en un escenario.
La audiencia calla y acepta la autoridad de lo que mira.
Las mesas de disección esperan también a los niños calvos
que juegan en la sala
antes de escuchar la bocina que pronuncia su nombre.

XXXI

La tarde se extendió
pasó hirviendo por las calles hasta detenerse en esta ventana
de la que no me puedo separar.
El silencio está en todos lados.
Adentro hay un sonido de rieles cambiando de dirección.
Veo la imagen de una mujer extraviada en el cruce de una calle.
No está desesperada.
En calma intenta tomar una decisión
y se distrae con el movimiento
olvida sus preguntas.
El caos ciudadano está ordenado
no es para sentirse perdido.
La ventana es demasiado grande
como para sentir asfixia.
Con el paso de los días
se encontrarán sensaciones que se parecen a las respuestas
se hallarán más preguntas
menos vaguedad
habrá más encuentros
se sentirán menos pérdidas
habrá más ligereza.
Ya la sombra de la noche ilumina el cuarto.
La ventana cada vez es más grande.

XXXII

Junio llega estirando un velo oscuro
Sonido de noche desnuda,
ruido de refrigerador
traqueteo del reloj.

Uso la camisa de mi madre,
en la casa hay rincones desganados
rincones abandonados con alevosía
ropa olvidada en la cama

después de haber sido arrancada de los tendederos.

El segundo día del sexto mes
es aroma de albahaca y romero en las macetas del patio.
Aquí descuelgo de la pared fotografías de lugares lejanos,
aquí solo hay clavos desnudos,
calendarios de misceláneas que anuncian años que ya pasaron,
aquí solo hay noches huérfanas,
mariposas de latón chuecas y empolvadas que a nadie importan.
Esta casa es cuerpo miedoso
es araña de grandes zancadas
petrificada en un rincón porque ya no tiene a donde ir,
es la flor de plástico que alguien olvido.
Esta noche uso la camisa de mi madre
mientras el ojo muerto de mi padre
nos mira desde la pared.

XXXIII

Sigues mirándome desde tu fotografía
pero ya no te veo por aquí, papá
¿dónde andas?
¿fuiste a dar tus lentos paseos vespertinos?
pero ahora las tardes han sido eternas
porque no te veo regresar.

La tarde no acaba.

¿sigues paseando
y conversando con la gente que te encuentras en el camino?

No se acaba la tarde.

Ya llegaron todos a verte.
Te estamos esperando, papá.
Hay comida y humo en el patio
plantas en todos lados.
Mi madre está sentada junto a una silla vacía.

Las puertas se abren y se cierran.
Entro a las habitaciones para buscarte
y ya no hay muebles
ni voces
sólo las cortinas ondeándose
en esta tarde inacabable.

XXXIV

¿A dónde se fue mi padre muerto?
¿está en el tiempo que se alarga y se difumina?
¿está en las horas en que se acomodan los jarros,
los vasos y las ollas en el mueble?
No lo sé decir.
Sólo sé que lo sembraron en la tierra.
Ahora es parte del tic tac de los relojes,
de los jardines
y de la luz de la lámpara en el cuarto.

XXXV

Además del viento que cerró de golpe la ventana

en la casa ya no se oye ningún sonido

vidrios rotos despertaron a mis hermanos

las escaleras están muertas también

¿qué pasará con tu ropa y tus zapatos?

los pájaros en las jaulas del patio picotean y
cantan desorientados

¿dónde colocaré ahora el acordeón que no te regalé?

En la sala sólo se mueve la cortina
algo se quiere asomar desde la calle.

XXXVI

Andén desolado.

El tren de carga pasa arrastrando los ojos.

La estación ya tiene marcado mi nombre en una banca.

Un perro polvoso mira la tarde.

Traigo en la valija el pan que envolvió mi madre para el viaje.

Recuerdo su voz en la espera.

Miro los grafitis junto a las vías.

Mi mano los escribió.

No se sabe en qué momento va a llegar el tren.

No se sabe en qué momento va a llegar la noche.

En este andén vi entre las manchas de la pared industrial
la muerte de mi padre.

Con él atravesaban manos de niña estas vías.

Hoy el tren se ha vuelto veloz

hoy el vestido que tejió mi madre se ondea con lentitud
sobre el cuerpo.

Una pareja sobrevuela la estación.

Las flores junto a las vías del tren de carga se mueven con la
lentitud

de quien ha sido testigo de incontables escenas.

En esta estación he sido testigo.

He pensado en la muerte

he esperado un vagón que vaya a casa

he recordado las palabras recientes de mis padres.

En este andén espero.

No se sabe si llegará el tiempo de las granadas y los higos.

Llegará, sí.

No se sabe de qué manera habitaremos ese tiempo.

El andén es interminable

No sé si sólo espero el tren o la muerte.
Este andén es silencio.
Los vagones pasan cargando la lentitud de lo inevitable.
Este tren viene de una estación blanca de hospital
En este andén he descubierto el silencio
Me dividí y dejé una parte regada en la casa antigua
En este andén he sentido el miedo
y he recordado la voz sin miedo de mi madre.
Suenan los trenes
Abandono
Sigo el camino.

XXXVII

La muerte llega
Un secreto fatal murmura con espanto al oído
mil veces se repite mil veces
No hay donde esconderse
Se pierden las puntas de las madejas
Se pierden las llaves que abren la puerta
Habrá que pasar el resto de las noches a la intemperie
a oscuras
sin estrellas y sin lámparas
Este asombro se escribe con vocales desconocidas
Abunda la fragilidad, tierra desmembrada, pozo del silencio
Un millón de colmenas zumban en la garganta y en los oídos
¿Cómo aprender a despedirse?
¿Cómo lidiar con el continuo presente?
Los instantes siguen asistiéndonos
Siguen sonando el latido de la música aunque nadie la escuche
Cuanta vacilación
Cuanta penumbra
Los objetos quedan todos tan vulnerables
los zapatos, el pantalón en la silla,
la camisa con su forma deshecha en el perchero
En los dados del azar apareció un nombre
La casa suma una nueva cicatriz
El dolor seguirá diluyéndose en innumerables insomnios
Sólo quedó lo que cabía en esta valija, en esta caja,
en este andén a medio día
Lo único perpetuo es ese secreto repitiéndose al oído
Las muertes se empalman
En ese palimpsesto siembro las palabras alabastro, memoria,
parpadeo.

XXXVIII

La casa es ahora un terreno llano como mis palabras.
Traigo un dolor inacabable
que va gritando todos los días con silencio.
En el panteón sólo vi suelos cercados por un pasto artificial
y un alterón de tumbas desconocidas.
En la hoja de papel
sólo habitan: tierra, huesos, silla, vacío.
El polvo de aquella tarde es mi imagen recurrente.

XXXIX

Ando con una muleta

sin un brazo

sin una muela.

Con la sensación de que olvidé o me robaron algo

que ya no es posible recuperar.

Esto es la muerte

dolor, asombro, silencio, desaparición, añoranza, duda, desgano,

frío, sol quemante, polvo, silla vacía, cansancio, espacio, infinitas

historias, patio, seguir sin parar de los días.

XL

La cal de los huesos se esparce
Su mirada se petrifica un instante
A ratos se revelan los cristales de las ventanas
Mi madre habita el patio y las escaleras sin miedo
modifica las plantas llena las cubetas
Los huesos tiemblan cuando me alejo
Llego al tren y me resquebrajo
Las manos astilladas
ya no saben como levantar el jarrón que la refresque
Hago incisiones en la piel
para seguir resistiendo su mirada.
La sal de los huesos se consume
Se dobla la columna de las plantas
Las jardineras se ahogan de tierra
Construyo un refugio con la corteza caída
Los ojos tienen astillas, llovizna
¿Con que filos sostengo su médula?
En la cabeza cantan pájaros que ensordecen
En la casa mira el cerro lontano
en la calle el esqueleto de una hoja
libra los pasos con la ayuda del viento
Las habitaciones se desbordan
Nadie toca la puerta ni las paredes desnudas
Se extiende la mesa en el patio
Se extiende el humo y los colores.

XLI

Todas las mañanas ella sale al patio
a saludar a sus pájaros.
Ellos le responden con movimientos rápidos
los alimenta
y los nombra con palabras con las que mi padre los bautizó.
Dice que le gusta como cantan
como se ven y se mueven
por eso los tiene cerca
encerrados en la jaula para acudir cuando quiera
a ese pequeño escenario.

XLII

Llega julio con sus letras y mañanas inciertas
Las ventanas y los pómulos están humedecidos
Canto canciones tristes
desde una tierra poblada de color.

XLIII

Un silencio huye de una mañana plateada
estruendo de vidrios
revienta los oídos de lo inevitable.

XLIV

Estoy hundida en un mar lejano
inusitadas mareas nos embriagan en las calles
Los cuerpos se suspenden en una ciudad que fluye
peces petrificados en un estanque
que adorna una habitación visitada por nadie.

XLV

Madre

Hoy la malva por fin se desangró de la maceta
La regué hasta que la tierra se removió
Después se quedó en paz.

Tu cama de hospital es un despeñadero
una piedra filosa
y tu eres una piedra de río.
Te veo lejana en esa montaña picuda.
No encuentro herramientas para escalar y tomar tu mano.
Tu falda larga cuelga y en ella me sigo columpiando.

¿Quién te llevó a la misma cama
junto a la misma ventana
al mismo blanquísimo hospital
donde murió mi padre?
Nadie sale vivo de ahí.
Él decía eso.

XLVI

El tren y grafitti
ladrillos rojos y musgosos
me vieron morir una vez en el andén
Estos tiempos son agónicos
oscilantes
Las ramas junto a las vías no mueren
y no parecen estar vivas.

XLVII

La lluvia
le está dando vida a los seres del patio
y se la está quitando a mi madre.

XLVIII

Eso la invade lento, apresurado
Ella está al acecho de eso que la acosa
la envuelve como telaraña
con hilos filosos.
Capullo negro que no nació para florecer
sino para derribar los tallos, los huesos.
Ella abre las manos violetas
para sacudirse serena
igual que las hojas de la plaga que las consume.

XLIX

No quiere tejer
sus agujas no tienen filo
No quiere tramar
Hoy sus manos sólo hablan
de la historia de las plantas y flores antiguas del patio.
Ya no tengo respuestas
quisiera arropar su voz cansada
quisiera aplacar esa polvareda que crece
y nos llena los ojos de sal.

L

La casa está deshabitada.

Sólo se oyen charcos de lluvia en las calles.

Ella intenta alcanzar la ventana

quiere salir

quiere irse volando por ahí.

LI

Interrumpí los días en palabras repetidas
en volantes que la tarde se llevó a otros países
en recuerdos de bosques que aun no suceden
en ver la tarde atravesada por una lluvia titubeante.
En el cuerpo hay un baile detenido.
Hoy amanece tarde
y de las almohadas salen pájaros ansiosos.

LII

Algo anunció el viento
no supe descifrarlo
Tener un patio
no es una esperanza
Es un arroyo
donde meter los pies.

LIII

Las raíces de la noche
levantaron el suelo de la tierra del patio.

LIV

Un nuevo muerto remueve la tierra de otros muertos.
Remueve los huesos
La piel se va secando
se cae hasta hacerse alfombra
de la tierra nacen nuevas raíces
y la brizna de la hierba
se violenta si uno pronuncia su nombre.

LV

¿En que caja guardaré
las notas que se quedaron
flotando en el aire?

LVI

Hoy
la música se hizo cenizas.

LVII

En un bosque negro
esparciste tus cenizas
El viento se las llevó
y se quedaron azarasas canciones en el aire.
El escenario esta vacío.
La noche, un desierto oscuro.
Ya nunca volverás.

LVIII

Levanto una piedra en el patio
El viento es la semilla del día
Las horas se esparcen
¿la muerte es puntual?
¿el hombre nada tiene que ver con la hora de su llegada?
Hay una canción que también es una nube.

LIX

La tierra
se llevó
a
mi
madre
no,
de nada
sirvieron
los
remedios
La
trama
negra
se
quedó
sin
tejer.

LX

Ella ya no está.

Ya no la tengo.

Hoy quiero decirle que ya no voy a dejar
que se mueran de sed las malvas y los helechos.

LXI

Aquella tarde
la ceniza se regó por la ciudad
árboles
esquinas
gente en autobuses
se llevaron en los hombros
la plata de los ojos
la ceniza de las manos.

LXII

Los días transcurren entre el aceite caliente
y el agua encharcada de la lluvia
por instantes todo agoniza
oigo la respiración lenta
y el lamento
Hoy desperté
ahogada en sal
en una botella cerrada.

LXIII

Mi madre abrió una fruta grande, oscura
y la dejó desangrándose sobre la mesa.
Con el tiempo
pensábamos en esa imagen
como si fuera una oculta fotografía
de un único álbum.

LXIV

Ella es demasiado grande para contener esa muerte tan pequeña.

LXV

La mano está cambiando
¿que le pasará a la sangre?
Algo se aclaró y se adelgazó en ella.
La mano de mi madre se está volviendo de cera
Es pesada y casi transparente su materia
con ella puedo alumbrar el cuarto.
La mano es un cirio chorreando
sobre las mejillas de mis hermanos.
Descansa sobre la sábana
con un joven pabito escribió mi nombre muchas veces.
La mano que cosió camisas y elevó el arroz
se está volviendo de cera.
Su mano se está volviendo todas las manos
de todas las mujeres que veo en las calles y en los vagones.
Pienso en la muchacha que fue alguna vez.
La mano de mi madre es cera, agua, ceniza
contiene la única luz de la noche.
En ella se refresca mi frente.
Mi sien está llena de cera.
Con ella escribiré mi nombre.
Hay un canto sonando en su mano.
Alcanzo un tronco de canela
Una palabra que se derrite antes de que la escuche.
La noche la moldea, la vuelve un cuenco.
Me ahogo en su materia fundida
Mi mano está seca y hundida en su mano de cera.
Su mano es un ala que ya ningún sol fundirá.

LXVI

De repente la energía se desprendió de la materia.
Empezó a flotar
a irse y quedarse.
El cuerpo se enceró.
Párpados, gestos,
dedos, mejillas,
se petrificaron.
Ya no los sostenía ninguna fuerza.
¿a dónde se estaba yendo eso leve e invisible?
A la materia la encerraron muy abajo
en una caja hueca
a que cumpliera su inevitable proceso de descompostura.
¿Y la energía, el espíritu?
Ese hilo que hacía que la materia se moviera,
¿dónde está?
Sigue disipándose.
Unos creen que está en el viento de las cortinas de la casa,
otros dicen que en la calle en la mirada breve de un extraño.
La energía se está transformando
se está regando en el aire que respiro
en el sol de hoy en la tarde,
en las multitudes,
en la puerta abierta,
en el patio vacío,
en la escalera,
en el silencio.
Le llevamos flores a la materia
porque no sabemos cómo, de qué manera
atrapar lo invisible.

LXVII

¿Que será de sus huesos ahora?
No tengo a nadie por quien subir a ese tren.

Hay una hilera interminable de árboles de metal
a la orilla de la carretera
Traigo arrastrando los huesos de mi madre
Las manos de cal no saben escribir
Traigo un fierro caliente con su nombre en las manos
Traigo la punta de un estambre negro para poder regresar a ella.

Mi hermano desencajó el reloj del cuarto
pero ya era tarde y había niebla.

LXVIII

Ella anunció su muerte un viernes
y murió un domingo.
Ya estaba convertida en arena.
Cuando la abrazamos se desvaneció.
Era tarde y llovía en el cerro.
Sólo se quedó encendida una vela en su cuarto.

LXIX

Enterré las vísceras heridas
en la tierra roja de San Cristóbal
La niebla se metió en el cuerpo
y me volví nube.
Llovió todas las tardes.

LXX

Este tiempo cóncavo.

LXXI

Tarde que fue una canción.
Un baile lento.
Este tiempo también es huérfano.

LXXII

Ese pájaro en el patio
se fue
Ya nunca volverá
Ese pájaro que pudo ser
gorrión o paloma
ya no volverá
Y si vuelve no creo reconocerlo
se fue como un instante.

LXXIII

El duelo más largo
se desenreda en una calle
donde todo sabe a extranjero.

LXXIV

Salió una voz de los papeles viejos.

LXXV

La noche en que la luna convirtió el patio en ceniza.
Formamos una canción sin letras.
Nos tumbamos a mirar las estaciones
y la lumbre se levantó toda la noche.

Los hombres hablan.
La gente mira los semáforos buscando un momento.
No me gusta barajar cartas ni guardarme ases de certeza bajo la
manga.
Ahora, estar contigo es la única certeza.
Los días no se retienen
se deslizan como cartas que nunca llegan
cartas que algún cartero dejó olvidadas en un buzón.
Y también a eso le cantamos
y todo sigue
y los hombres y las mujeres siguen durmiéndose en los vagones
en el infinito trayecto de regreso.
Las canciones se transforman.
La música nos encera los ojos
da forma al caracol de los oídos.
Todos los días.
La música es el volcán
y las cenizas.

Hoy fui una mujer de cera y combustible
untada en un columpio.
En el vaivén se fue la tarde.

Espero.

Dejo que la piedra hable.
Desde aquí canto una canción sin palabras.
Desordeno las calles
que otros vean
calma, deseo, desesperación por encontrar
y se queden contagiados por alguna ansiedad distinta
y junten los brazos cuando se les vuelvan de arena
al llegar a un tiempo en que el otro ya no estaba,
a un tiempo en el que no hay manera de alcanzar una mano,
un tiempo en que la lumbre no llega tan lejos
y sólo queda una llama dentro,
cueva, infinita boca y piel que espera una sílaba.
Luego, la belleza de lo que no fue se quedará diluida en los
andenes,
en el transcurso de las avenidas.

¿Todos somos lejanos?
¿Soy yo la que estoy lejos?

En algún lado
un hombre sale de un arenal
y una mujer se tumba en la tibia grava.
Desnudan
desanudan el tiempo.

Él tiene las manos de leña y piedra
las frota sobre las cuerdas
salen chispas y música
y un volcán entra en ella.

Esta noche es cera encendida a punto de consumirse.
La noche forma el cuerpo.

Cuando te veo de mi vestido caen frutos y pequeñas flores
surge una raíz
se abren los higos
de mí salen caballos que parecen latidos alejándose en la noche
en que soy agua para la sed de los ojos.
Traigo en los hombros melocotones desnudos
y ahí vienen a posarse a ratos los pájaros para alimentarse
y decir algunas palabras que otros ya olvidaron.

Esta noche tiene perfume y lumbre en la cintura.
Escucho. Este bosque tiene cuerdas.
Esta habitación es un desierto
y un hervidero a punto.
Los peregrinos podrían andar aquí por larguísimos días
expiando su viaje y no se vería el fin de las dunas.
Me está llevando el viento.

Eres el viajero que escribe un nombre en un suelo polvoso.
Sueño y soy la sombra de la vela que tiembla de noche
en la tienda.
Escucho la voz.
Se que estás cerca. Con el viento llega la sombra.
Soy el polvo que ves a lo lejos,
el nombre, la luz roja relampagueando en la ciudad.

En la ciudad
las multitudes no son sólo ruido
son ritmo
son signos desperdigados
bocas que no saben que quieren decirlo todo.

Miro en el cuerpo mis pertenencias.
Mi reino cabe en tu mano.

Sigo sentada en la misma banca que alguien abandonó en la estación.

Sigo viendo las escenas
historias inacabables de hombres que nunca sabré el desenlace
y te veo bajar del tren a encontrarte conmigo.
La banca es un barco.

Algo tienen estos tiempos que devoran
dejan en vilo.

Sigo escribiendo sobre las ramas, las losas
sobre el alabastro.
Tu nombre pasa junto a las letras como un viento
y les deja alborotada la cabellera.

Todos los días.
Algo sigue.
La ciudad.
La multitud junta un mundo roto en su habitación.
La noche oscila y en ella todos nos mecemos.
La muerte oscila.
Algo sigue.
Los sueños se hacen espesos como lenguas,
cuevas, pétalos.

Hay una malva oscura saliendo de las manos esta noche.
Me tocas y salen flores.

La noche es un higo rodeándome la boca.

LXXVI

Todo se empalma
la muerte y la vida
el río y el mar
el amor y la muerte
se empalman las manos
por las que corren mareas y árboles
se empalma su mano de cera con la mía de niña
se empalman los versos y las oraciones frente a mi madre muerta
se empalman las cartas
se apilan las cartas siempre abiertas
se queda temblando el altero de cartas que no se escribieron
Todo es acumulación
se empalman los días
y surgen nuevos ojos donde descansar las manos
se empalma la voz de mi madre muerta
con la voz de mi padre muerto
y surge una canción.
Se empalma la noche con el día
se empalman los cuerpos con los secretos
la voz y la mañana
se empalma una muerte sobre otra
una tumba sobre otra
tierra sobre tierra
un mes sobre otro.
Mi corazón es un guijarro que su mano lanzó
y sigue bailando sobre el agua del estanque.
Soy un bambú.
Se empalman los sueños
se desdoblán las realidades.

En mi corazón de piedra
hay un coro tarareando en voz baja su canción
hay un pan sobre otro pan en la mesa
hay una fruta a punto de reventarse que parece una palabra
que parece una mujer.
Se apilan los granos de arena en el patio
se empalman los verdes de las macetas que ya no verás
se apilan las palabras en la garganta y se vuelven silencio.
En un renglón cabe toda la historia.

Índice

Prólogo	5
Sólo la Música	7

Guadalupe Galván. Poeta, escritora de letras para canciones, traductora de poesía en portugués. Autora del poemario *Niebla del día* (Editorial Praxis 2003) y *La casa azul* (premio nacional Enriqueta Ochoa 2005). Sus poemas han sido antologados en *Amar el mar* (Ediciones Coyoacán 2001), en *La lujuria* (Alforja 2008) y en *Musa de Musas, poesía de mujeres desde la ciudad de México* (Literal 2008), *Laberintos* (Editorial Praxis 2009) y con Brian Allen escribió el poemario bilingüe *Vals* (Editorial Praxis 2012). Ha publicado en la revista *Tinta Seca, Pauta, La Otra*, en la *Revista de literatura mexicana contemporánea*, entre otros.

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago, 1973), *Abyecta*.
Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelañoche*.
Ingrid Solana (México, 1980), *De tiranos*.
Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
Alan Mills (Guatemala, 1979), *Síncopes*.
Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
Ana Rüsche (Sao Paulo, 1979), *Rasgada*.
Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
Héctor Hernández Montecinos (Santiago, 1979), *NGC 224*.
Nicole Delgado (San Juan 1980), *Violencias cotidianas*.
René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
María Eugenia López (Buenos Aires, 1977), *Arena*.
Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
Elisa Andrade Buzzo (Sao Paulo, 1981), *Noticias de ningún lugar*.
Javier Norambuena (Santiago, 1981), *Humedales*.
Luis Téllez-Tejeda (Naulcalpan, 1983), *Media tarde*.
Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
Gema Santamaría (Managua, 1979), *Transversa*.
Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
Balam Rodrigo (Villa de Comatitlán, 1974), *Icarías*.
José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indecifrabable*.
Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
Yaxkin Melchy (1985), *III Los Planetas*.
José Córdova, (Porcón, 1979), *animal desbocado*.
Jesús Bartolo (Atoyac de Álvarez, 1970), *Iconografía de un duelo*.

— — | — — | —),

(*Arquíloco, fr. 103 B*)

Este libro se imprimió en Alfa impresión digital, Diagonal de San Antonio #1931
col.Narvarte México D. F., impresor Arnoldo Pineda.